

FLORA*

Por: Héctor Ceballos Garibay

Ella es, sin duda, la mujer más deseada de Berlín: Flora, la dulce Flora. Nadie, de entre las numerosas y bellas compañeras ocasionales de Edvard, tiene las dotes físicas y las artes amatorias de esta italiana que llegó a suelo germano siendo muy niña. Ella lleva en sus hombros, como fardo, una historia demasiado recurrente entre las mujeres de la farándula: el padre que la abandona a los pocos años de nacida, el tío que la viola cuando cumple diez años, los maltratos y el desprecio que le prodiga una madre desobligada y analfabeta. El desenlace se torna archisabido: la huída temprana de la casa familiar y la incursión precoz en la “vida galante”, apenas alcanzada la adolescencia. Debido a su notable inteligencia y al manejo virtuoso de las apetencias sexuales de sus clientes, velozmente se convierte en un irresistible “objeto del deseo”, en una leyenda lúbrica que se expande por toda la Europa del norte. Gracias a su éxito descomunal, pronto son multitud los parroquianos que a diario y a veces en grupos organizados ex profeso y desde numerosos confines visitan “La casa dorada”, sita en la zona roja de la ciudad. La mayoría de los asiduos, atosigados por la misma intemperancia, buscan y hasta imploran la oportunidad de tener una cita sexual con Flora, la dulce Flora. Resulta natural y muy comprensible, pues, que cueste una fortuna pasar unas pocas –deliciosas- horas con ella. Y mientras más se encarecen sus servicios, más ascienden también los encantos y la celebridad de la dulce Flora. Cometer pecado con ella acrecienta la reputación pública y fortalece la autoestima de los individuos; asimismo, suscita gloria y vanagloria entre los caballeros y se

vuelve fuente de envidia y maledicencia por parte de las damas. ¿Cuál es, entonces, el preciado secreto de Flora? Además de su larga cabellera negra y sedosa, la “italianita” logra la excelsitud en su oficio debido a una sabia y astuta combinación de brindar placer y ternura, goce y trato afectivo, lujuria y cariñoso apapacho a sus “amigos”, todo ello en una sola sesión y a cambio de un buen fajo de billetes. ¡Éxtasis del cuerpo y del alma al mismo tiempo! ¡Orgasmos garantizados y calidez humana! Los visitantes, por lo general, quedan satisfechos en su libido y reconfortados espiritualmente. En lugar de sentir culpas o remordimientos de conciencia, los privilegiados que cohabitan con Flora expían sus complejos y ahuyentan sus miserias morales al momento del agasajo; es por ello que salen tan gratificados del lupanar. Una vez finalizado el encuentro –la epifanía sexual-, cualquier posible confusión sentimental o afectiva queda aclarada al instante: Flora desaparece del escenario y de la vida cotidiana de los visitantes. A ella jamás se le ve cantar o bailar durante los espectáculos rutilantes que ofrece el afamado antro. Nunca comparte mesa ni acepta bebidas, drogas o regalos de persona alguna; una regla suya que no admite excepciones. Y si por casualidad algún tipo se topa con ella en los pasillos de la casona, justo cuando transita con paso veloz hacia la suite en donde es aguardada por algún fulano, Flora se vuelve sorda, muda y ciega: un evasivo fantasma. (Dos guardias la protegen siempre durante esos desplazamientos furtivos.) En cambio, ella se muestra fascinante y jubilosa una vez que, previa cita y pago anticipado, el individuo agraciado traspasa el umbral de su acogedora habitación. Ninguno de los cuantiosos clientes, ni el más osado ni tampoco los ricos y poderosos se atreven a sobrepasarse o a molestarla. El respeto que ella infunde –una veneración al punto de la idolatría-

es absoluto. La mayoría de los fieles que van en pos de la italianita son gente de bien: aguardan con paciencia y disciplina su turno a fin de tener la gracia de compartir un par de horas con la dulce Flora. Es sabido que cuando está desempeñando su trabajo, Flora atiende con esmero y generosidad al viejo y al joven, al feo y al hermoso, al aristócrata y al plebeyo, y en ese abanico amplio de elección no caben, así le ofrezcan todo el oro del mundo, los individuos maleducados o aquéllos que no posean cabalmente sus cinco sentidos a la hora de mirar de hito en hito sus vivificantes ojos negros.

*Relato inspirado en el cuadro de Edvard Munch: *Al día siguiente* (1894-1895, óleo sobre tela, Galería Nacional de Oslo).